

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO:

ENCUENTRO INESPERADO

El tren subterráneo avanzó a altas velocidades, acercándose invariablemente al complejo 1.

El amo de Stige observaba impasible desde la seguridad de su sala de control. De vez en cuando, provocaba una explosión en la vía, aún sabiendo que no lograría detener a los intrusos, pero así se aseguraba de que seguían en el tren.

Los sensores del complejo 1 empezaron a indicar que el tren se acercaba al complejo 1 y que pronto estaría en distancia de disparo para las múltiples torretas láser. Los artilleros estaban preparados y, con sonrisas de felicidad estúpida, miraban con atención sus pantallas, esperando el momento de disparar.

Recibieron de pronto instrucciones del mismísimo amo de Stige. Todos los artilleros cambiaron de posición sus puntos de mira, subiéndolos un poco. Ahora, ninguno apuntaba a la vía, ni al punto por donde aparecería el tren.

El tren avanzó por un túnel parecido al agujero hecho por una lombriz. Era apenas lo bastante grande para permitir el paso del tren, pero los últimos kilómetros hasta el complejo se recorrían sin la protección del túnel. Visto desde la perspectiva del tren, había un montón de kilómetros prácticamente a cielo abierto hasta llegar al complejo.

En cuanto el tren salió del túnel, el amo de Stige hizo explotar todo lo que quedaba de la vía hasta el complejo 1. El tren saltó como ya había hecho antes, y al hacerlo se situó en el punto de mira de las torretas, esta vez incapaz de escapar.

Docenas de rayos láser golpearon una y otra vez el tren, primero privándolo de partes imprescindibles para hacer que avanzase sobre una vía, y después convirtiéndolo en una bola de fuego que, sin duda estúpidamente y por inercia, seguía acercándose al complejo 1.

Uno de los artilleros sonrió mostrando todos sus dientes y disparó el último láser. El tren, a todos los efectos, dejó de existir.

Mientras tanto, a varios kilómetros de allí, en otra de las horadaciones del asteroide, Hoox y Sanui observaban lo que sucedía. Habían utilizado el poder de la Fuerza desde

la distancia para elevar un tren del que se habían bajado mucho tiempo atrás.

Cuando fue destruido, ya no tenía sentido que se quedasen mirando desde su improvisado balcón, así que ambos retrocedieron unos pasos. El interior de su gruta apenas tenía un par de metros de altura, de forma aproximadamente igual a la que mostraba la vía del tren.

Sanui retrocedió unos pasos. Hoox fue un poco más atrás que ella y resopló.

-Estoy agotado -dijo.

Sanui se sentó en el suelo rocoso.

-Y yo -dijo ella-. Tal vez hemos intentado mover el tren desde demasiada distancia. Creo que se me han reventado los puntos con el esfuerzo.

-¿Estás herida? -preguntó Hoox-. Si lo hubiese sabido, no te habría pedido que...

- Mas quisieras -Sanui miró a Hoox con toda la rabia que sus ojos podían mostrar. El temible almirante retrocedió con la cabeza, levemente asustado.

-¿Puedo al menos -pidió Hoox- mirar si se ha abierto la herida?

-Yo lo miraré -dijo Sanui-. No me fío de ti.

Caballerosamente, Hoox se dio la vuelta.

Seiza se levantó la túnica y se miró el vientre. Los puntos que Mhist le había cosido en Gadamar seguían allí. Ella respiró aliviada, pero eso no impedía que le doliese todo.

-¿Estás bien? -preguntó Hoox, sin poder mirar a Sanui.

-Sí -respondió ella-. No como para saltar, pero más o menos bien.

-¿Cuándo te hirieron? -preguntó Hoox-. ¿En Gadamar?

-No es asunto tuyo -le cortó ella-. Ya puedes volverte.

Hoox volvió a mirar a Sanui, sentada en el suelo. Estaba sorprendida al leer preocupación en ese rostro. Hasta entonces, se lo había imaginado siempre con el ceño fruncido, mostrando un odio inimaginable hacia todo lo viviente. Empezaba a preguntarse si realmente Hoox era como Ashla se lo había pintado.

Hoox se sentó frente a Sanui; ni siquiera quería forzar la situación sentándose a su lado.

-Sugiero que descansemos unas cuantas horas -dijo Hoox-. Los dos estamos exhaustos, y necesitaremos estar frescos cuando entremos en el complejo 1. Es improbable que nos encuentren en estos túneles no cartografiados: Las tropas blindadas y los insectos son demasiado grandes para entrar, y los de poderes mentales se mueven sobre tentáculos y tendrían demasiados problemas para avanzar por aquí. Por supuesto, podría haber criaturas nativas de este entorno; tal vez tendríamos que hacer guardias.

Sanui estaba impresionada. El almirante Hoox, acostumbrado

a ser obedecido al instante y sin réplica posible, estaba haciendo sugerencias. Ella estaba segura de que, si tenía alguna pega, él la discutiría, pero no la rechazaría de pleno.

-No quiero dormir mientras tú velas -dijo Seiza, frunciendo levemente el ceño.

-Todavía no confías en mí, por supuesto -dijo Hoox-. Te he dicho ya que te necesito para salir de Stige, pero crees que te he mentado. Bien, de todos modos sugiero que nos relajemos un rato. Sin dormir, si no quieres, pero nos vendrá bien descansar.

-¿Me he salido con la mía? -se preguntaba Sanui-. ¿O acaso Hoox tiene un plan?

Siguió mirando a Hoox con el ceño fruncido cuando, de pronto, un pequeño ruido vino del otro extremo del túnel, del lugar por donde ellos habían venido.

-¿Lo has oído? -susurró Hoox.

Sanui asintió con la cabeza. Ambos llevaron sus manos a las empuñaduras de sus sables y, manteniéndolos preparados pero apagados, avanzaron hacia el lugar del que venía el ruido. La Fuerza les ayudó a potenciar sus sentidos para localizar a la posible amenaza.

La oscuridad era casi total, ocultando a Hoox y Seiza casi tanto como a lo que fuese que había hecho el ruido. De pronto, se oyó otro sonido.

-Grgrgrgrgr.

Esta vez era un sonido orgánico. El sonido característico de algún animal. Era un sonido suave y agradable al oído, parecido a un suave ronroneo intermitente.

Hoox y Sanui se volvieron rápidamente hacia su fuente.

-Grgrgrgrgr.

El sonido se repitió.

Sanui avanzó y encendió su sable de luz, pero ya no lo blandía en posición amenazadora. No; lo estaba utilizando sólo como fuente de iluminación. Ante la luz púrpura, se pudo perfilar una pequeña criatura.

La criatura medía algo más de treinta centímetros de altura. Caminaba sobre sus patas traseras, pero las delanteras eran demasiado cortas para ser realmente útiles como brazos; ocasionalmente, sin embargo, las utilizaba para avanzar. Cada extremidad terminaba en una pata con tres dedos.

El ser tenía un hocico grande y dos ojitos de aspecto tierno. Su espalda estaba cubierta por una mantita de pelo más oscuro del que cubría el resto de su cuerpo; era difícil definir el color porque la única fuente de luz era púrpura.

Seiza se sintió muy aliviada al ver al animalito. Se agachó para mirarle a los ojos.

-Así que eras tú el que nos dio ese susto, ¿eh? -preguntó ella, dando a su voz un tono amable.

--Grgrrgrgrgr.-dijo el animal.

-Sanui -intervino Hoox-, por favor, cógelo o haz algo con el, volvamos a donde estábamos antes. Así, no nos volverá a sorprender.

Seiza se había girado para mirar hacia Hoox mientras él hablaba (aunque sólo había visto la oscuridad que envolvía al imperial) pero, cuando él terminó, se volvió de nuevo hacia el animalito.

-¿Qué dices tú? -preguntó retóricamente Seiza-. ¿Te vienes con nosotros?

-Grgrrgrgrgr.-dijo el animal mientras extendía su pata hacia el brillante filo del sable de luz de Seiza. Al comprender lo que estaba haciendo, ella apartó rápidamente el sable.

-¡No, no! -dijo Seiza, intentando que su negativa fuese lo más amable posible-. Eso no es para ti.

De pronto, Seiza sintió la mano de Hoox en su hombro. Le estaba ofreciendo algo. Se trataba de una pequeña linterna.

-No tiene suficiente alcance para sernos útil en estas grutas -explicó Hoox desde las sombras-, pero creo que a él le gustará.

Seiza aceptó la linterna y se la entregó al animal. Éste la sostuvo con una de sus patas y empezó a jugar con ella. Mientras tanto, Seiza tomó a la criatura en su regazo y avanzó hacia el lugar del que habían venido. Se detuvieron en cuanto se pudo vislumbrar algo de luz exterior, pero antes de que se pudiese ver el balcón al final del túnel; si el animal apuntaba la linterna hacia el complejo 1, tal vez podrían detectarles.

Hoox y Seiza se sentaron en el suelo, el uno frente al otro, y ella sostuvo entre sus manos a su nuevo amigo. Se lo enseñó a Hoox; ahora, la luz permitía apreciar que su cuerpo estaba cubierto de vello marrón claro, salvo la mantita a su espalda, que era de un tono más oscuro de marrón.

-¿A que es una preciosidad?

Hoox podía ver al animal junto al rostro de Seiza.

-Sí, es muy bonito. -Dijo Hoox casi en plan burlón.

-Pude ver de pasada un grupo como éste mientras tú estabas durmiendo en el tren.

-Lamento habérmelo perdido -dijo Hoox.

Seiza apoyó al animal en el suelo. Éste avanzó corriendo sin rumbo fijo. La linterna cayó al suelo, olvidada.

-Eres un hombre extraño, Hoox -dijo Seiza, mirándole-. Una contradicción. En el tiempo que llevamos colaborando, diría que aprecias la vida. Sin embargo, tu gobierno es una tiranía despótica y totalitaria.

-¿Soy un tirano? -preguntó Hoox. La pregunta parecía hecha con sinceridad. Eso hizo que Seiza se quedase todavía más confusa. ¿Acaso él mismo no sabía lo que era?

-Sí -dijo ella-. Eres un tirano. Gobiernas con mano de

hierro, oprimes a todo el sector y... ¿Pero quieres dejar de mirarme como si no supieras de lo que estoy hablando?

-Lo siento -dijo Hoox-. No sabía que tú me veías así.

-¡No soy yo! -protestó Seiza-. ¡Todo el mundo sabe lo que eres!

Hoox sentía deseos de derrumbarse. Había esperado que Sanui le comprendiese, pero no era así.

-Pero... -dijo Hoox-. Exactamente, ¿qué he hecho?

-¡Oh, por favor! -dijo Seiza-. ¡Lo sabes perfectamente!

-Sé que suena a tópico -admitió Hoox-, pero estoy seguro de poder explicarlo todo. Muéstrame mis trapos más sucios, y te diré por qué hice lo que creía que tenía que hacer.

-Muy bien -dijo Seiza, mirando a Hoox. Empezó a hacer memoria y atacó-. Los impuestos de Chalalon crecieron logarítmicamente en sólo tres meses. Expropiaste muchísimos terrenos pagando muy poco por ellos.

Hoox escuchó con atención lo que decía Seiza. Tuvo que asentir.

-Poco después de la muerte del emperador -siguió Seiza-, en Irith, un grupo de luchadores por la libertad fueron cruelmente asesinados por tus tropas detonando un explosivo que borró media ciudad.

Hoox expresó una mueca para mostrar su sufrimiento.

-Y no me irás a decir que el bombardeo sobre objetivos civiles de Oplovis se hizo por un bien mayor. ¡Oplovis ni siquiera se oponía públicamente a ti!

Ella entrecerró los ojos y le miró con desprecio.

-Eres un monstruo -le dijo.

El pequeño animal se acercó a donde Hoox estaba sentado, como pidiéndole que jugase con él. Hoox le entretuvo un poco usando las manos mientras hablaba con Seiza.

-No es cierto -dijo Hoox-. Todo lo que he hecho desde que controlo el sector es por el bien común. Expropié riquezas a los ricos habitantes de Chalalon para proporcionárselas a los habitantes de Tyjor, que habían sufrido una catástrofe. La masacre de Irith se dio cuando esos terroristas prefirieron detonar ellos un explosivo a entregarse. El bombardeo de Oplovis se hizo sin mi consentimiento, y el responsable está cumpliendo condena en la actualidad. Yo sólo quería organizar el sector para que la gente fuese feliz. Quería luchar... en el nombre de las estrellas.

-¡Ja!. ¿Pretendes que me lo crea? -dijo Seiza.

-Quizá tampoco creas esto -explicó Hoox-, pero intenté discutir los métodos de Palpatine. Creo realmente en un sistema de gobierno regido por un hombre; las masas me han decepcionado demasiadas veces. Pero no creía que Palpatine fuese el adecuado. Le dije que anteponía sus propios intereses a los de la gente a la que, como gobernante, debía servir. No me mandó asesinar de milagro. Pero acabé prácticamente desterrado a este sector. Ahora, sin Palpatine, gobierno como creo que debería hacerse, y

siempre en beneficio de la gente que hay bajo mi mando.

-Que historia tan bonita -dijo Seiza, poco impresionada-, pero no explica porqué pretendes matar a Ashla.

- Digamos que tengo cuentas pendientes con Ashla, muchas cuentas pendientes -admitió Hoox-, pero no me faltan motivos, si deseas conocerlos.

-Soy toda oídos -Seiza apoyó su mejilla en las palmas de sus manos y se inclinó hacia adelante. Hoox estaba a punto de contarle su versión, y tal vez incluyese esa información sobre Darth Ksar que Ashla nunca le contó.

-Supongo -dijo Hoox- que debo empezar remontándome a la purga de Jedis que realizó Palpatine cuando se autoproclamó emperador. Como sabes, Ashla logró escapar alejándose del núcleo. Llegó al sector Junagadh y se asentó allí; esperaba no ser encontrado por los sicarios de Palpatine.

"El sector Junagadh, como casi todo, acabaría estando bajo control imperial, pero Ashla no contaba con que el almirante encargado de mantener la paz allí... conociese los poderes de la Fuerza. Cómo los aprendí no es relevante en este momento.

"Ashla se asustó. Temía por su vida. Si el almirante... Si yo le encontraba e informaba a Coruscant, sus días estarían contados. Tenía que hacer algo.

"Contactó con gentes de mal vivir y, a través de ellos, encontró a la persona que necesitaba. Una hermosa mujer llamada Inocybe, de larga melena negra y mirada triste. Ashla la contrató, pagándole con los mismos cristales adeganos que se usan en la construcción de sables de luz. Inocybe recibiría una cantidad de cristales por anticipado, y el resto cuando hubiese cumplido su misión. ¿Y cuál era su misión? Seducir al almirante Hoox, y después asesinarle.

"Inocybe sabía que no era tan buena luchadora como yo. Sabía que, en un combate personal, llevaba todas las de perder. Ashla le prometió que, llegado el momento, él usaría sus poderes para guiar sus movimientos si fuese necesario. Incluso llegaron a practicarlo.

"Así, Inocybe se acercó al campamento de una guarnición imperial. Se inventó un cuento para llamar la atención, y yo me apiadé al verla llorar. Su preciosa historia y su aspecto inocente fueron tan tentadores que no tuvo problemas para seducirme.

"Empezamos a hablar. Confraternizamos, y no tardé en enamorarme. Por absurdo que parezca, me enamoré como un colegial. Yo la amaba más que a ninguna otra cosa en esta galaxia. Si ella me lo hubiese pedido, le habría cedido el control de Junagadh. Le habría dado cualquier cosa que quisiera.

"Pero ella no quería nada, salvo cumplir su pacto con Ashla. Era una cazarrecompensas, y anteponía su contrato a todo lo demás. Su amor por mí era totalmente fingido,

falso. En algunos momentos, algunas pruebas parecían querer indicármelo, pero yo no les hice caso... porque no quería hacerles caso. No quería creer que Inocybe no me amase.

"Finalmente, ella estuvo lista para atacarme. Un día, en mis propios aposentos, cogió mi sable de luz y lo usó para atacarme, guiada por los poderes de Ashla. Me asusté, pero sobre todo me sentí dolido. Estuve esquivándola un rato, hasta que finalmente logré sacarle el sable dándole una patada en la muñeca.

"El arma se extravió y seguimos combatiendo. Cada vez que paraba uno de sus golpes, sentía un vibrofilo clavarse en mi alma porque... Porque la seguía queriendo. Ella había hecho su trabajo demasiado bien.

"No quería combatir al máximo de mis posibilidades, porque no quería hacerle daño a Inocybe. Por eso, logré encajarme un buen golpe y aturdirme. Eso fue todo lo que logró, y Ashla sabía que era todo lo que iba a lograr: A tanta distancia, sus poderes no bastaban para vencerme en ese duelo.

"Ashla comprendió que, si seguía controlando las acciones de Inocybe, yo podría rastrearle en cuanto me hubiese recuperado. Se asustó. El poderoso maestro Jedi volvía a temer por su propia vida. Así que abandonó a Inocybe a su suerte.

"Inocybe se sintió asustada. Había perdido su as en la manga, su truco para derrotarme. Pero, en ese momento preciso, yo estaba sólo semiconsciente. Con un cuchillo, pretendía cortarme la yugular.

"Si algo me salvó, tuvo que ser la providencia, pero la maldigo una y mil veces. Y la maldigo porque, en ese momento, Inocybe pisó mi sable de luz extraviado. Resbaló, y se golpeó la nuca contra una esquina. Yo estaba gritando a Ashla que por favor la salvase. Sabía que él estaba vigilándonos, y que tenía poder para hacerlo. Pero no lo hizo. No actuó. Temía que yo le rastrease.

"Ashla había adiestrado al hombre que después sería conocido como Darth Ksar. Sí, he dicho hombre. Darth Ksar fue una vez humano, y no feo si se creen sus palabras. El chico, un Jedi que había sobrevivido junto a su maestro, había desaparecido durante un tiempo; Ashla le creía muerto. Cuando reapareció, Ashla convenció a su ex-aprendiz para que intentase averiguar los secretos del lado oscuro, siempre bajo la atenta guía de su maestro. Se ve que la guía no era lo bastante fuerte, porque el lado oscuro deformó y retorció horriblemente al muchacho. En vez de quedarse con él e intentar enmendar su error, Ashla le abandonó mientras estaba inconsciente. Renacido, se hizo llamar Darth Ksar, se autoproclamó lord sith sin permiso de nadie, y empezó a sembrar el caos.

"Afortunadamente, pude encontrarle poco después. Las tropas normales eran inútiles para detenerle, así que tuve

que intervenir yo. En realidad, Ksar era poco más que un niño asustado, confuso ante la magnitud de su fuerza. Sólo cuando me impuse a su rabia, me empezó a respetar. Le acogí, pero jamás me permitió ser su maestro en la Fuerza. Apenas pude enseñarle algunos movimientos con el sable de luz.

"Una vez que Ksar ya estuvo de mi lado, supe que Ashla tenía una segunda alumna. Me preguntaba qué te habría dicho, con qué nuevo truco te habría liado, y sobre todo de dónde habrías salido por tu edad. Muy probablemente entrenó a dos padawans al mismo tiempo. Pero Ksar nunca supo de tu existencia, al igual que tu tampoco supiste de la suya.

"Ashla no es un monstruo, pero tiene mucho por lo que responder. Además, con sus poderes de la Fuerza... No me parece sensato permitir que esté suelto. Aunque a veces pienso que me gustaría matarle por lo que me hizo, no es lo que intento conseguir. Sólo quiero que responda por sus crímenes. Por haber abandonado a Inocybe y a Ksar.

El pequeño animal saltó varias veces y se posó en una de las piernas de Seiza; ésta estaba absorta en el relato de Hoox. Boquiabierta, intentó decir algo, pero no encontró palabras.

-Imagino que Ashla jamás te contó nada de todo esto -dijo Hoox.

Seiza todavía no pudo responderle. Necesitó pensar un poco y, cuando hubo recuperado la compostura, reaccionó.

-Mientes -fue lo único que le dijo.

-No -dijo Hoox, tranquilamente-. Ése es el Ashla que Ashla nunca quiso que vieras. Seguro que, en algún momento, Ashla se negó a darte información importante, ¿verdad?

Seiza miró a Hoox sin decir una palabra. Juntó las palmas de sus manos.

El pequeño animalito aburrido de estar con un par de criaturas que no querían jugar, empezó a caminar a cuatro patas para alejarse de ellos y volver a las sombras. Seiza no dijo nada.

-Tu amiguito se marcha -Hoox le señaló con el dedo.

-No cambies de tema -dijo Seiza-. El maestro Ashla no es así. Él es bueno y decente, y siempre me ha ayudado. Me ha apoyado en cada una de mis decisiones, y siempre me ha animado a mejorar.

-¿Quién sabe? -dijo Hoox-. Tal vez ése sea el verdadero Ashla. Tal vez haya cambiado desde lo de Ksar. Lo que yo te he contado es sólo lo que sé de él.

-Pero... ¿sigues queriendo encontrarle? -preguntó Seiza.

-Se pasa el rato enviándote a destrozar mis instalaciones -explicó Hoox-. Estoy cansado de tener que reconstruirlas. ¡Claro que los impuestos están muy altos! Entre formar personal de seguridad y reparar todos los edificios, tengo muchos gastos. ¿Pero qué voy a hacer? ¿Ignorar que los

colonos de Swarquen necesitan una máquina para reciclar el aire?

-Palpatine lo habría hecho, probablemente -dijo Seiza.

-¡Yo no soy Palpatine! -respondió Hoox-. Intento hacerlo todo MEJOR que Palpatine. El único legado de Palpatine a la galaxia ha sido la venganza y el rencor. No quiero ser otro Palpatine.

Seiza meditó un rato.

-Realmente -dijo al fin-, eres mucho más complejo de lo que yo creía, Hoox.

-¿Y tú, Seiza Sanui? -preguntó Hoox-. ¿Quién eres en realidad? ¿A quién pertenece el rostro bajo la máscara?

Seiza se mantenía muy seria.

- Eres muy hábil si piensas que contándote mi historia caeré en otra trampa y dejaré escapar voluntariamente datos vitales.

Seiza giró la cabeza y la apoyo en la roca un poco hacia su derecha y miró de reojo a Hoox. Él ansiaba conocer esa información, y ella podía sentir su ansia usando la Fuerza. Pero no se la exigía. Se comportaba de un modo tan...Seiza estaba algo confusa, probablemente por el cansancio, las heridas y todo lo vivido que era demasiado para ser asimilado.

-¿Seguro que no quieres dormir un poco? -preguntó Hoox.

Seiza le miró fijamente, confundida del todo, y a continuación negó levemente con la cabeza.

Hoox se giró un poco para echar una cabezada.

-Eres tan cabezota como I... -el resto de lo que Hoox fuese a decir, quedó ahogado en la profundidad de la cueva.

-¿Qué? -preguntó Seiza, pero Hoox ya estaba profundamente dormido.

Ella se relajó un poco. En ningún momento pretendía dormir, sólo apoyar la cabeza en la pared, sentarse en el suelo y...

Lástima que las cosas no salgan siempre como nos gustaría.

Seiza abrió los ojos.

¡Se había quedado dormida!

Miró rápidamente a su alrededor. No era posible. Si Hoox la había dejado con vida, sin duda era para abandonarla a su suerte.

Pero no. Hoox estaba allí, a cuatro metros de distancia de ella.

-¿Hoox? -preguntó ella mientras se frotaba un ojo con el dorso de la mano.

-Buenos días -dijo Hoox-. Aunque, por supuesto, no sabemos si es de día. Las luces del complejo han permanecido encendidas todo este tiempo.

-¿Cuánto tiempo ha sido eso? -preguntó Seiza.

-Según mi cronómetro, casi cuatro unidades horarias -respondió Hoox-. Yo he dormido tres.

-Te quedas dormido muy rápido -dijo Seiza.

-Es una disciplina que aprendí -explicó Hoox-. Duermo cuando puedo, y durante el tiempo que elijo. Muy útil, a veces. ¿Quieres desayunar?

Hoox extendió una mano hacia Seiza. Allí había una sustancia de aspecto orgánico y humeante que parecían ser las vísceras de algún pequeño anim...

Seiza abrió la boca como para gritar, pero no se atrevió a hacerlo dadas las circunstancias, así que se tapó el rostro con la mano.

-No, no es el animal de antes -Hoox respondió a la pregunta no planteada, en su voz se notaba el orgullo herido-. Es un musgo que crece en las paredes, probablemente lo mismo que come él. No es preciso destoxificarlo ni nada.

Seiza miró la pared detrás de Hoox. Efectivamente, un pequeño musgo surgía de entre las grietas de la roca. Avanzó hacia allí y cogió el musgo de la pared.

-Éste está caliente -dijo Hoox, ofreciéndole el que tenía en la mano.

Seiza lo rechazó y se metió en la boca un poco de su musgo mientras fruncía el ceño a Hoox. El sabor del musgo era muy amargo y sólo el autocontrol de Seiza le impidió hacer una mueca visible, pero debió mover las pupilas o algo, porque Hoox lo notó.

-¿Por qué creías que lo había calentado? -le regañó amablemente Hoox, que se había girado levemente y le daba casi la espalda.

Sin embargo, y sólo por fastidiarle, Seiza siguió cogiendo musgo de las paredes para desayunar. Después de varios bocados, se acostumbró al sabor pero, ¡cómo ansiaba unos ribenes karkanos con especia tomo!

Tampoco tenían agua, aunque el musgo era bastante húmedo como para no necesitarla, pero Seiza deseaba todavía lavarse un poco, y tal vez peinarse. Se sentía como cuando era más joven y estaba en uno de esos entrenamientos con Ashla en un planeta extraño, ésos en los que, al final, Ashla le salvaba la vida y le explicaba qué había hecho mal. Sólo que, esta vez, no podía contar con que su maestro le fuese a ayudar.

Aparte de que, aunque ella no querría admitirlo públicamente, Hoox había introducido en la mente de Seiza la sombra de una duda. ¿Y si no era mentira? ¿Y si Ashla...? Ese viejo maestro iba a tener que responder por unas cuantas cosas cuando ella volviera a verle.

-Avísame cuando estés preparada -dijo Hoox.

-Cuando tú lo estés -dijo Seiza, metiéndose en la boca el último manojito de musgo.

-Yo nací preparado -se jactó Hoox, y miró a Seiza con una sonrisa.

-¿Tienes un plan para entrar? -preguntó Seiza.

Hoox se fijó en que estaban a varios kilómetros del complejo 1, kilómetros que tendrían que recorrer por campo abierto, bajo los puntos de mira de los artilleros.

-No va a ser fácil -dijo Hoox.

-Si me gustasen las cosas fáciles -dijo Seiza despreocupadamente-, ¿crees que habría estado enfrentándome a ti todo este tiempo?

Hoox la miró y se sintió extrañamente halagado; eso era tal vez lo más parecido a un cumplido que le habían hecho en años.

-Veamos qué ventajas tenemos -Hoox eligió concentrarse en su objetivo, para dejar de pensar en otra cosa-. Esos artilleros, para empezar, no esperan vernos aparecer de repente.

-No esperan ver aparecer a nadie -corrigió Seiza.

-En realidad, la gente ve lo que quiere ver -explicó Hoox.

-Sí -admitió Seiza-. No es difícil convencerles de que está sucediendo algo que, en realidad, no está sucediendo.

-O a la inversa -dijo Hoox-. Un movimiento rápido y podríamos...

-No sabemos dónde están los artilleros -protestó Seiza mirándole a los ojos-. Ni cuándo cambian los turnos. Yo no puedo afectar mentes que no sé dónde están.

-Yo no te hablaba de afectar mentes -dijo Hoox, y de pronto ya no estaba frente a ella.

-¿Dónde...? -pensó Seiza, antes de oír la voz de Hoox en la profundidad del túnel.

-Éste lo conoces -dijo Hoox-. Vibrar a toda velocidad, para que nadie pueda verte mientras corres como no puede correr ningún humano.

Seiza entrecerró los ojos mientras sopesaba los pros y los contras.

-Estamos a varios kilómetros -dijo ella-. Nunca he vibrado tanto tiempo. ¿Y qué hacemos con el agujero en las vías.

-¿Alguna vez has saltado mientras vibrabas? -preguntó Hoox, acercándose a ella.

Seiza negó con la cabeza.

-Un poco de carrerilla, y ese agujero no tendrá ninguna importancia -dijo Hoox.

-No estoy tan segura -dijo Seiza.

-Expónme tu alternativa -sugirió Hoox.

Seiza miró el complejo 1 y comprobó la distancia que les separaba. Había varias vías que entraban al complejo, pero estaban muy lejos. Un tren repulsor avanzó por una de esas vías hacia el interior del complejo.

Seiza se acarició la barbilla.

-Tengo una mejor -dijo.

Cuatro hombres blindados y tres insectos incrementaban el número de cadáveres en el interior del complejo 1, dentro del centro de recepción de trenes subterráneos.

-Muy poco vigilado -dijo Hoox-. No me gusta.
-¿Hoox? -preguntó Seiza.
-¿Sí? -respondió Hoox.
-¿De verdad creías que tu plan para entrar habría dado resultado? -dijo Seiza.
Hoox la miró como si estuviera loca.
-Ni por un momento -dijo-.
-Entonces... -dijo Seiza-. Entonces, no lo entiendo. ¿Por qué?
-Para que tú pensases un modo de entrar -le dijo Hoox, sonriendo.
Seiza se sorprendió ante esta respuesta.
-Algún día -dijo Hoox-, tú harás algo parecido con tu aprendiz padawan.
-Podrían habernos matado, Hoox -dijo Seiza.
-Ha merecido la pena -le respondió Hoox-, si has aprendido algo.
Seiza meneó la cabeza, elevó la mirada hacia el techo y, dándole por imposible, le siguió hacia la puerta, con el sable de luz preparado.
Hoox abrió la puerta y comprobó los dos lados. Nadie.
-¿No debería haber más vigilancia? -susurró Seiza.
-Ya saben que estamos aquí -dijo Hoox-. Y también saben que no nos van a detener con hombres blindados, insectos o kreogans. Así que los han retirado para no sacrificar más tropas.
-¿Van a dejarnos escapar? -susurró de nuevo Seiza.
-Ni hablar -dijo Hoox-. Si tienen algo más, algo más poderoso que lo que nos han lanzado hasta ahora, lo usarán contra nosotros. Si escapamos, están acabados.
-¿Por qué? -susurró Seiza.
-Deja de susurrar -dijo Hoox-. Ya no es momento para el subterfugio. Estamos demasiado cerca; todo lo que tenemos que hacer es alcanzar la nave. Entonces, saldremos de aquí, y yo tomaré una decisión política respecto a este asteroide.
-Hoox...-dijo Seiza con tono inseguro, y un segundo después se regañaba a sí misma por haber sido tan tonta como para dar pistas sobre su estado nervioso.
Hoox comprobó que no hubiese nadie en las inmediaciones, y después miró a Seiza.
-He utilizado siete sentidos para comprobar los alrededores -dijo Hoox-. No hay nada que temer, salvo al propio miedo.
Seiza no se quedó demasiado tranquila, pero admitió que Hoox tenía razón asintiendo con la cabeza. Se sobrepuso a su miedo, y salió al pasillo. Hoox y ella avanzaron al unísono, ninguno adelantaba al otro ni se dejaba adelantar.
Los pasillos estaban totalmente vacíos. Ni vigilantes, ni alienígenas, ni siquiera civiles estúpidamente felices se cruzaban con ellos.

-Tiene que haber truco -pensaban ambos, casi al unísono.
Cada vez, sin embargo, era más improbable que hubiese un truco. No había nada ni nadie en su camino. ¿Dónde iba a aparecer el truco? ¿En el hangar de la nave?

Alcanzaron una inmensa habitación, parecida a un hangar, pero sin ninguna nave. El hangar que les interesaba estaba un poco más lejos.

Ya estaba a unas docenas de metros de la nave, pudieron ver cómo bajaba un ascensor. La puerta al hangar estaba cerrada y, por motivos de seguridad, permanecería cerrada hasta que el ascensor hubiese llegado abajo.

Hoox y Seiza vieron quién estaba bajando, y ambos encendieron sus sables de luz.

-Seiza...-susurró Hoox, su labio inferior temblando.

-Lo sé -Las rodillas de Seiza empezaron a temblar.

En el ascensor bajaba Darth Ksar.

El monstruoso humano saltó del ascensor haciendo una pirueta, con su sable de luz rojo encendido. Su aspecto había cambiado bastante desde la última vez que se le había visto con vida: Había perdido una de sus orejas, y buena parte de su cuerpo estaba cubierto de quemaduras. Su piel pasaba rápidamente de la palidez sepulcral a la oscuridad cenicienta. Su pierna izquierda era ahora un implante cibernético sin piel artificial; después de lo del nitrógeno líquido, alguien debió amputársela. Seiza se preguntaba si además sería radiactivo.

La rabia brillaba en los tres ojos de Ksar, abiertos de par en par (excepto el izquierdo, que había sufrido quemaduras y ya no se podía abrir del todo). Miró a sus dos contendientes por turnos.

Su primera acción fue empujar telekinéticamente a Hoox. Éste no se esperaba semejante ataque y cayó al suelo. Fue resbalando hacia atrás durante una larga distancia, hasta chocar contra la primera pared y quedar inconsciente.

Seiza aprovechó el momento para atacar a Ksar, pero Ksar frenó el ataque con su sable de luz rojo, y después golpeó a Seiza en el vientre con su pierna mecánica. El impacto fue lo bastante fuerte como para hacerle perder la respiración.

Ksar levantó de nuevo su sable y la atacó en este momento de vulnerabilidad. Ella apenas pudo apartarse, pero un segundo después Ksar estaba atacando de nuevo, con toda su rabia acumulada.

-¡Te odio! -rugió Ksar-. ¡Te odio!

Seiza frenaba como podía los ataques, pero Ksar pronto logró encajarle un buen golpe, rajándole levemente con la espada desde el muslo hasta el hombro. Gracias al traje especial de Seiza el daño fue menor de lo esperado y ni una gota de sangre alcanzó al suelo, pero Seiza no pudo resistir el daño. Cayó y se apoyó en su lado indemne

mientras esperaba el golpe final.

-No es a ella a quien odias -dijo Hoox.

Seiza y Ksar miraron hacia el lugar de donde venía la voz. Hoox se había recuperado del golpe inicial, aunque pronto le saldría un chichón en la cabeza. Con su sable amarillo encendido, miró a su antiguo alumno.

-¿Quién te privó de tu verdadero potencial? -dijo Hoox con una sonrisa diabólica-. ¿Quién impidió que cayeses en las simas del odio más profundo? ¿Quién te apartó de tu feliz vida despreocupada para someterte al yugo de su obediencia? ¿Quién, Ksar?

Enfurecido, Ksar corrió hacia Hoox, ignorando al menos por el momento a Seiza. Hoox también corrió hacia su rival. Ambos sables estaban levantados, y colisionaron sonoramente cuando los luchadores se alcanzaron el uno al otro.

Ksar se detuvo sobre sus pasos y emitió su característica y chillona risa, que enloquecía a sus dos rivales. La indefensa Seiza apartó la vista como para querer alejar el sonido.

Hoox intentó un nuevo ataque distinto; alzó su espada y la movió de un modo específico con la belleza de un artista marcial. Sin duda, lograría acertar a Ksar en el cerebro.

Pero Ksar movió su espada y frenó inesperadamente el ataque de Hoox.

-¡Esta estocada sólo se puede parar con una finta de H'nemthre! -pensó Hoox, sorprendido-. ¿Acaso Ksar ha descubierto otra forma?

Aprovechando la sorpresa de Hoox, Ksar atacó de nuevo, y logró golpearle superficialmente en una pierna. Si se le daba tiempo, Hoox lograría controlar el dolor y levantarse, pero Ksar no iba a darle esa oportunidad. Como Hoox ya no se sostenía sobre su dos piernas, Ksar atacó de nuevo con todo su odio acumulado. La fuerza de Ksar era tal que Hoox perdió su sable, pero se apartó a tiempo y el nuevo ataque sólo logró rozarle en el pecho.

Hoox seguía vivo, pero también había sido derrotado.

Ksar levantó su sable para dar el golpe de gracia.

-Quieto -dijo una voz.

Ksar se detuvo.

-Guarda el sable -dijo la voz.

Ksar obedeció. Hoox estaba anonado.

-Retírate -ordenó la voz-. Tienes tareas que cumplir en otros lugares.

-Sí, amo -dijo Ksar, alejándose.

Hoox no podía creerlo. ¿Qué fuerza tenía poder suficiente para doblegar así la voluntad de Darth Ksar? No llevaba una de esas joyas que llevaban los civiles...

La extraña voz que venía de altavoces resonó de nuevo.

-Seiza Sanui. Almirante R.J. Hoox -rugió-. Yo soy Manendra, gobernante de Stige. Yo controlo las mentes de todos sus habitantes. Mis planes de conquista son demasiado

importantes, y sé que vosotros dos interferiríais en ellos. Por eso, seréis asimilados en el colectivo que es Stige.

-Vaya, quieres controlarnos la mente -dijo Seiza-. ¿Crees que te lo vamos a permitir?

-Ahora estáis heridos y cansados -dijo la voz de Manendra- Sois más vulnerables a mi poder.

Recalcó la frase con una carcajada.

-Hemos superado a tus kreogans -dijo Hoox-. Inténtalo, vamos. Apuesto a que no puedes con los dos a la vez.

Manendra se sintió herido en su orgullo, y lanzó su primer ataque mental.

Fin del décimo tercer capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.